

ayer por violencia. Si supiera que se halla en seguridad, no me importaría nada la mía.

— ¡Una! ¡nada mas que una!

— Y esta separacion me arrebató toda la felicidad que podia prometerme este mundo.

— Quieres decir, Adelaida Bridgenorth, dijo la voz con la mayor amargura. No la verás mas: es preciso echarla en olvido. Tu vida y la suya dependen de esto.

— No puedo yo comprar la vida á tanto precio.

— Muere pues en tu obstinacion, respondió el ser invisible. Y todas las súplicas de Julian no pudieron lograr que pronunciara otra palabra en todo el resto de la noche.

## CAPITULO IX.

Un hombrecillo, es verdad,  
Mas lleno de vanidad.

ALLAN RAMSAY.

Estaba Peveril tan turbado por la partida del ente invisible que le visitaba, que le fué imposible disfrutar del sueño por bastante tiempo. Se prometió descubrir y entregar el demonio nocturno que no venia para interrumpir su sueño, sino con el intento de añadir hiel á

la amargura de que estaba ya harto, y para envenenar heridas tan dolorosas. En su cólera le amenazaba con toda la venganza que le permitiese tomar el cautiverio. Resolvió hacer un registro mas serio y mas atento de todo el cuarto, de modo que descubriera el medio que empleaba para entrar el ser que venia con el intento de atormentarle, aun cuando la salida fuese tan imperceptible como el agujero de una carcoma. Si su registro venia á parar en nada, informaria de todo lo que se habia pasado al carcelero, quien no podria saber con indiferencia que sus calabozos no eran impenetrables. Veria en sus ojos si tenia noticias de estas visitas, en cuyo caso le denunciaria él mismo á los magistrados, á los jueces ú á la cámara de comunes; y este era el medio de vengarse mas suave de todos los que le sugeria el enojo. Enfin el sueño y la fatiga pudieron mas que todos estos proyectos; y como sucede muchas veces, la luz del dia le hizo tomar resoluciones mas sosegadas.

Reflexionó entonces que no tenia ninguna razon positiva para atribuir á motivos de una

malevolencia manifiesta las visitas de aque-  
cuya voz habia oido, aunque no le hubiese  
dado mucho lugar para lisongearse podria  
lograr de él algunos auxilios tocantes á lo que  
mas tomaba á pechos. Con respecto á él,  
habia encontrado una compasion verdadera,  
un interés bien decidido; si, aprovechándose  
de estos sentimientos, lograba recobrar su li-  
bertad, podria, en cuanto la hubiese alcanza-  
do, emplearla en servicio de aquellos, cuya  
situacion le inspiraba mucha mas inquietud  
que la suya.

— He obrado como un loco, dijo para con-  
sigo: hubiera debido temporizar con aquel en-  
te singular, para saber los motivos del interés  
que parece tomar por mi suerte, y procurar  
aprovecharme de sus socorros, si yo pudiese  
alcanzarlos sin que pusiera alguna condicion  
que el honor me prohibiese aceptar. Siempre  
hubiera tenido tiempo para rehusar su inter-  
vencion, cuando hubiese sabido á qué precio  
queria emplearla.

Hablando de este modo, formaba un plan  
para ser en lo sucesivo mas prudente en sus

relaciones con este ser desconocido, si su voz se dejase oír otra vez. Pero Geoffrey Hudson interrumpió sus meditaciones, declarándole que, habiéndose ocupado el día anterior en todos los cuidados que exigía su habitación común, á él le tocaba hacer otro tanto, durante el día que principiaba.

Pevenil no podía negarse á una petición tan racional, se levantó pues, y se puso á arreglar todo en su prisión, en tanto que el enano, empingorotado en una silla, teniendo los pies á mas de seis pulgadas de tierra, tocaba con un semblante de languidez y gracia las cuerdas de una guitarra antigua, cantando canciones españolas, moriscas y francesas. Al fin de cada una, se la explicaba á Julian, ya traduciéndosela, ya refiriéndole la anécdota histórica que era su asunto. Aun cantó una que tenía relación con su propia historia y el accidente que le habia hecho entrar prisionero en Marruecos, despues de haber caído en manos de un corsario de Salé.

Esta época de su vida fué para Hudson una era fecunda en aventuras extrañas, y, si se le

debía creer, habia hecho prodigios de galantería en el serrallo del emperador. Pero, aunque hubiese pocas personas en estado de desmentirle formalmente sobre unas intrigas cuya escena era tan lejana, corria un rumor entre los oficiales de la guarnición de Tanger, que el tirano moro, no sabiendo en que emplear un esclavo de aquella estatura, le habia forzado á guardar cama para empollar unos huevos de pava. La menor alusion á esta historia ponía á Hudson furioso, y el funesto éxito de su querrela con el joven Crofts, que habia pagado con su vida una chanza, hacia que se tuviese cuidado de no acalorar la bilis del pigmeo belicoso por burlas inconsideradas.

Mientras que Pevenil se ocupó en colocar los muebles en el cuarto, el enano se quedó muy quieto, divirtiéndose, como ya lo hemos dicho; pero cuando le vió principiar los preparativos del desayuno, saltó de la silla donde estaba sentado como un señor, con peligro de hacer pedazos la guitarra y de romperse los cascos, exclamando que prepararía el desayuno todas las mañanas hasta el día del juicio.

primero que confiar esta tarea importante á una mano tan novicia como la de su compañero.

El joven cedió gustoso este cuidado al caballero, y solo se sonrió cuando le oyó decir con seriedad que, aunque el señor Peveril no fuese mas que de mediana talla, era casi tan estúpido como un gigante. Mientras que ponía todo su conato en esta ocupacion esencial, Julian examinaba el cuarto por todas partes, y procuraba descubrir alguna salida secreta por donde se pudiese penetrar de noche, y que tal vez podria servirle para evadirse en caso necesario. Sus pesquisas al rededor de las paredes fueron inútiles; pero tuvo mejor éxito cuando dió una ojeada por el piso.

Muy próximo á su cama, y colocado de modo que hubiera debido percibirlo mas pronto sin la precipitacion con que habia obedecido á las órdenes de su compañero, estaba un billete cerrado cuyo sobre no llevaba mas que las iniciales J. P., lo que parecia asegurarle de que le estaba destinado. Aprovechó la ocasion de abrirle, en tanto que el enano estaba muy

ocupado con su sopa, y prestaba toda su atencion á un asunto que miraba, así como muchos hombres mas grandes y mas sabios, como una de las principales necesidades de la vida, de modo que, sin ser visto y sin excitar su curiosidad, leyó lo siguiente:

« Por imprudente é inconsiderado que sea vm., hay una persona que sacrificaría todo para librarle de su destino. Mañana deben trasladarle á la Torre, donde su vida no puede estar segura ni un solo dia, porque, en las pocas horas que ha pasado en Londres, se ha hecho un enemigo, cuyo resentimiento no se amortigua con facilidad. No le queda mas que un arbitrio para salvarse, que es renunciar de A. B. y no pensar mas en ella, ó si esto le es imposible, mirarla solo como una persona que nunca puede vm. volver á ver. Si su corazon puede determinarse y abjurar un afecto á que jamas hubiera debido entregarse, y que no puede nutrir por mas tiempo sin locura, haga vm. conocer acepta esta condicion, poniéndose en el sombrero una pluma blanca, una cinta blanca, sea cual fuere el objeto de este color que

podrá procurarse. En este caso, un barquito irá á tropezar, como por acaso, con el que debe trasportarle á la Torre; en este momento de confusion, salte vm. en el Támesis, atravesese vm. el rio nadando, y salga vm. á tierra en la orilla opuesta, por el lado de Southwark. Allí le esperarán unos amigos para favorecer su evasion, y encontrará vm. una persona que perderia cuanto hay en el mundo y aun su vida, primero que sufrir le arrancasen un solo cabello, pero que no se acordará mas de vm. sino como de un insensato que merece perecer en su locura, si deshecha sus avisos. ¡Quiera el cielo inspirarle el solo partido que conviene á su situacion! Esta es la súplica mas fervorosa de la persona que, si así lo quiere, desea ser.

«SU AMIGO DESCONOCIDO.»

¡La Torre! Era esta una palabra que inspiraba terror, mas terror que una carcel ordinaria; porque, ¡cuantos recuerdos de muerte presentaba este lúgubre edificio! ¡Las ejecuciones crueles que habia visto bajo los reinados precedentes no eran tal vez tan numerosas como

los asesinatos secretos que se habian verificado en el recinto de sus murallas! Sin embargo, Peveril no vaciló por un instante sobre el partido que debia tomar. — Yo tomaré parte en el destino de mi padre, exclamó, solo pensaba en él cuando me trajeron aquí, no pensaré en otra cosa cuando me vea encerrado en este horrible lugar de arresto: esa es su morada y conviene tambien que sea la de su hijo. ¡Y tú, Adelaida, el dia en que renunciare de tí, tén-gaseme por un traidor y un cobarde! Lejos de mí, falso amigo, y sufra vm. la suerte reservada á los seductores y predicadores de heregias. No pudo menos de pronunciar estas últimas palabras en alta voz, tirando al fuego el billete que acababa de leer, con un aspecto tan violento, que hizo estremecer de sorpresa al enano. — ¡Qué dice vm. de quemar á los hereges, joven? exclamó ¡á fe mia! es preciso que su celo sea mas ardiente que el mio, para que hable así cuando los hereges forman la grande mayoría. ¡Quiero ser condenado á tener seis pie de altura, si los hereges no ganan! Cuidado con lo que se habla, amigo mio.

— No vale mirarlo despues de hablar, dijo el llavero, que habia entrado sin ser visto, abriendo la puerta con precauciones extraordinarias para no hacer ruido; además, el señor Peveril se ha conducido como un hombre de forma, y yo no soy un chimoso, con tal que tome en consideracion las penas que me he tomado para con él.

Julian no tenia otra alternativa sino aprovecharse de lo que el tunante le daba á entender, y de ganarle con algun dinero. Clink quedó tan satisfecho de su liberalidad, que exclamó: — Estoy apesadumbrado al verme en precision de despedirme de un joven tan gèneroso; le hubiera tenido de buena gana bajo el cerrojo veinte años; pero algunas veces los mayores amigos se ven precisados á separarse.

— ¿ Con que voy á salir de Newgate ?

— Sí, señor: acaba de llegar la orden del consejo.

— ¿ Y van á llevarme á la Torre ?

— ¡ Cómo ! exclamó el llavero, ¿ quien diablos se lo ha dicho á vm. ? Pero, nada importa, pues que lo sabe, no hay porque ocultárselo. Con que, caballero, prepárese vm.

para partir al instante. Pero antes de todo alárgueme vm. los pies, para quitarle los grillos.

— ¿ Es esta la costumbre ? preguntó Peveril estendiendo las piernas, en tanto que Clink le quitaba los grillos.

— Sí, ciertamente, los grillos son del capitán, y puede vm. presumir que no tiene gana de regalárselos al teniente de la Torre. Sus guardas deben tomar las precauciones necesarias, yo le respondo que no se llevarán nada de aquí. Pero si Su Señoría quiere partir con los grillos, como para excitar la compasion, podia ser que...

— No quiero presentar mi situacion peor de lo que es, exclamó Julian, y reflexionó al mismo tiempo que su corresponsal anónimo debia conocerle muy bien, porque el plan de evasion que le habia propuesto, no podia ponerle á ejecucion sino un excelente nadador, y que estuviese muy al corriente de las costumbres de la carcel, pues que le hubiera sido imposible nadar si le hubiesen dejado los grillos. Lo que le dijo despues el llavero le sugirió nuevas conjeturas.

— Nada hay en el mundo que no estuviese pronto á practicar por un joven tan honrado, dijo Clink. Robaria por vm. una de las cintas de mi muger, si quisiera enarbolar el pabellon blanco en su sombrero.

— ¿Para qué? preguntó Julian, cuya imaginacion, al mismo instante que le hacia el llavero la proposicion, le recordó la señal antes indicada en la carta que habia recibido.

— Yo no sé nada, sino que lo blanco segun dicen es el emblema de la inocencia, respondió Clink, y, que culpable ó sin culpa, todos gustan de parecer inocentes. Pero, ¿qué importa sea uno culpable ó no, todo consiste en saber si se encontrará esta palabra en la declaracion de los jurados?

— Es bien extraño, pensó Peveril, aunque al parecer, hablaba el llavero naturalmente y sin doble sentido, que todo parece combinado para que tenga buen éxito el plan de evasion, si quiero consentirle. ¿Y no soy yo injusto rehusándome á ello? El que hace tanto por mí debe ser mi amigo, y un amigo no puede in-

sistir en la ejecucion de condiciones injustas que se me imponen como precio de mi libertad.

Pero solo vaciló un instante, y se mantuvo firme mas que nunca en su primera resolucion. Se acordó de que, cualquiera que fuese quien facilitara su evasion, correria necesariamente grandes peligros, y que, de consiguiente, tenia derecho á prescribir las condiciones bajo las cuales consentia exponerse. Tambien hizo memoria de que la falsedad fué siempre una bajeza, exprésese por palabras ú por acciones, y reflexionó que, mostrando la señal pedida como prueba de su renuncia de Adelaida, era mentir tanto como si renunciara de ella en términos los mas expresos, sin tener la intencion de guardar su promesa.

— Si quiere vm. servirme, dijo á Clink, procúreme un pedazo de seda negra ú de gasa negra para el uso de que vm. habla.

— ¿Un pedazo de gasa negra, exclamó el llavero, ¿qué significaria eso? Los guardas de la Torre que van á conducirle á ella le tomarian